

LA INQUIETANTE
HESTER

Anne Douglas Sedgwick

Traducción de Susana Carral



PRESENTACIÓN

COMO MUCHOS ESCRITORES de su época, Anne Douglas Sedgwick (1873-1935) pertenece a ese grupo de artistas que nacieron en los Estados Unidos de América pero se dejaron seducir por los encantos de la Europa de entre los siglos XIX y XX, por lo que acabaron viviendo y muriendo en el viejo continente. De familia acomodada, recibió una educación muy completa para una mujer de su tiempo y durante cinco años estudió pintura en París. Llegó a la literatura por casualidad: escribió una novela con el fin de entretener a sus hermanas pequeñas y su padre, asombrado ante la calidad de su prosa, decidió mostrársela a un amigo editor. Logró tal éxito que abandonó la pintura y se centró en las letras.

En varias de sus obras refleja la diferencia de valores entre la sociedad norteamericana y la inglesa, al estilo de Edith Wharton y Henry James, quien fue gran admirador suyo. Otras están ambientadas en Inglaterra y en ellas retrata esa misma diferencia de valores pero entre generaciones, sobre todo entre las que vivieron el final de la era victoriana y las que crecieron intentando olvidar el tronar de las bombas en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, un conflicto que afecta terriblemente a buena parte de sus personajes; no en vano Anne Douglas

Sedgwick y su marido, Basil de Sélincourt (1877-1966), ensayista y periodista británico, trabajaron como voluntarios en hospitales y orfanatos franceses durante aquella guerra que cambió la vida de tantos y ofreció alimento a buena parte de la literatura de la época.

Dos de sus novelas, *Tante* (1912) y *The Little French Girl* (1924), fueron llevadas al cine y varias de sus obras alcanzaron los primeros puestos de la lista de libros más vendidos en los Estados Unidos. En 1931 fue nombrada miembro de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras.

La inquietante Hester fue el tercer libro más vendido en toda Norteamérica durante 1929, el año de su publicación. Un auténtico *bestseller* editado hasta la saciedad en Gran Bretaña y Estados Unidos pese a que, curiosamente, al igual que el resto de la obra de esta autora, hasta ahora permanecía inédito en español.

Dark Hester, ambientada nada más finalizar la Primera Guerra Mundial, deja bien patente ese horror bélico que caracteriza a la mayoría de las obras coetáneas que se aproximaron a aquel conflicto, desde *El fuego* (1916) de Henri Barbusse, hasta *Iniciación a un hombre* (1919) de John Dos Passos, *Sin novedad en el frente* (1929) de Erich Maria Remarque o *Adiós a las armas* (1929), de Ernest Hemingway. Clive, protagonista masculino de *La inquietante Hester* no olvida el castigo psicológico que le supuso combatir y las heridas que no logra curar en tiempos de paz son más psicológicas que físicas.

La novela cuenta la relación entre Monica Wilmott, su hijo Clive y la mujer de éste, Hester. Monica, viuda desde muy pronto y aún joven, ha dedicado su vida a criar a su único hijo, con quien lo ha compartido todo. Su relación es modélica, entre ellos no existen los secretos. Pero la guerra y la aparición

de Hester cambian las cosas. La grandeza de su prosa, su excelente caracterización, el dominio de las descripciones y la fuerza de los diálogos atrapan al lector desde el primer momento, construyendo una intriga psicológica que irá aclarándose conforme avanza la acción.

Ahora, 85 años después de su publicación, REY LEAR subsana el olvido al que ha sido sometida esta novela y la ofrece por primera vez en lengua española, para que los lectores de principios del siglo XXI puedan experimentar la misma sensación que los que al comienzo del XX la convirtieron en un éxito de ventas.

SUSANA CARRAL

Capítulo I

«SUPONGO QUE LA HE ODIADO desde el primer momento en que la vi», se oyó decir a sí misma Monica Wilmott, al recordar a Hester tal y como la había visto la primera vez, sentada en la ventana abierta del salón de la casa de Chelsea, recortándose contra el río; extraordinariamente tranquila, muy segura de sí misma, con sus cejas oscuras y una ligera capa negra forrada de rojo. Pensaba en Hester de manera continuada desde que Clive se había casado con ella, pero esa costumbre de hacerlo en voz alta había ido surgiendo poco a poco desde que vivía sola en Essex y, cada vez que se sorprendía a sí misma en ello, se asustaba un poco. Resultaba peligroso, como cualquier elemento automático en nuestras vidas; una cosa así, dicha en voz alta, se volvía más real, más insistente: escuchándola, resultaba sencillo encerrarse en la celda de la autosugestión. Por eso, en aquella tarde solitaria, oscurecida por la fría lluvia de verano, abandonó su asiento junto a la ventana por la que había estado contemplando el parque y se dirigió con paso ligero a la habitación de forma extraña que daba un giro al pasar la chimenea y descendía a un nivel inferior, al que se llegaba a través de tres escalones poco profundos. Las ventanas de la parte que quedaba por encima de las escaleras se abrían bajo un teja-

do de paja y allí el techo era más bajo y estaba atravesado por vigas antiguas: la vivienda era el resultado de unir dos viejas casitas de campo y la segunda habitación, de techos más altos, era también más moderna.

Monica Wilmott descendió los escalones y se adentró en ella, acercándose a contemplar la vista, distinta pero tan tranquila como la anterior. El seto de olmos desprendía un aire romántico y anodino a la vez, del que se contagiaba su propia casa, tan cómoda, tan deliberadamente pintoresca, con sus vigas y yeso enlucido, su tejado de paja arremolinada y sus rosas trepadoras. Ella jamás habría elegido vivir en una casa como esa, ni vivir en Essex, de no ser porque Clive vivía en Londres y, de ese modo, aún estando apartada de él, lo tenía cerca. Oddley Green se encontraba casi en las afueras de la gran ciudad y la estación de ferrocarril quedaba a tan sólo una milla de distancia. Oía los silbatos de los trenes cuando pasaban de día y de noche, y se alegraba de oírlos: le parecían un vínculo con Londres y con Clive.

Apartó la vista de la ventana y se fijó en las acuarelas que su marido había pintado en la India y que colgaban a la misma altura en distintas paredes de la sala, como habían adornado todos sus hogares por muy improvisados que fuesen, desde su muerte, hacía treinta años. Luego se fijó en los peces de colores. A Clive, desde muy pequeño, le encantaban los peces de colores y por eso ella siempre los tenía en su sala de estar. Su mirada ganó en intensidad mientras observaba a los peces de brillo fulgurante: de repente se vio como ellos —radiante, de movimientos rápidos, frustrada— y un atisbo de sonrisa amarga cruzó su rostro mientras cogía huevos de hormiga que guardaba en una cajita de porcelana y los esparcía en el agua. Después regresó a la sala de arriba. «Estoy inquieta —pensó—,

como ellos». Se detuvo junto a la chimenea y, apoyando el pie en el zócalo de piedra y la mano en la repisa, se sumió en el pasado: el escritorio de nogal ante el que su madre se sentaba cada día en la amplia casa de Londres en la que había transcurrido su niñez; el reloj francés que ella y su padre, el brillante juez, habían comprado en París; el retrato de su bisabuela escocesa, una joven cuyo vestido de seda blanca dejaba al descubierto sus hombros, el cabello rojizo adornado con perlas y unos ojos azules como los suyos, de un azul que no resultaba suave ni reposado, sino más bien apasionado e intrépido, como la sonrisa de ambas. Las cretonas satinadas, ya descoloridas, de sofás y sillas que Clive y ella habían elegido juntos siete años antes para el piso de Chelsea; cada rosa, faisán o clavel de su estampado le recordaban aquella época de su vida, en la que había advertido la presencia de una felicidad consciente, atesorada. Mientras la recordaba, bajó la vista y, en su quietud, podría haber estado posando para un retrato con un ligero toque obsoleto y a la vez elegante, a pesar de lo actual del largo de sus faldas —más cortas— y sus diseños de líneas rectas, de la caída de mangas de su vestido negro, de la chaquetilla corta sin entallar y el lazo de terciopelo al cuello. Claramente resaltadas contra el fondo oscuro, las líneas de su perfil abatido resultaban alegres, impacientes y altivas a la vez: el labio superior era dulce, el inferior obstinado; la nariz, un poco ancha y algo tosca, como la de un niño pero de orificios nasales que eran pura delicadeza y decisión. Su cabello dorado, peinado en un recogido, iluminaba la habitación. Clive había dicho que tenía el pelo de Helena de Troya. También había dicho, siguiendo con el juego de analogías que tanto les gustaba, que ella era como un halcón, como un tarro de miel, como un ramillete de romero; y era cierto que en Monica Wilmott había una fero-

cidad casi vestal; algo que rondaba en las alturas y que, tal vez, resultase un tanto despiadado. Su cabellera podría ser la de Helena de Troya, su rostro de bello perfil podría atraer como el de una sirena, pero los dos años de matrimonio, tan lejanos ya, habían dejado intacto en ella un aire de inocencia que sobrevivió hasta su edad madura, y su maternidad se había manifestado no sólo en la forma de vehemente camaradería con su hijo, sino también en el rechazo inmediato a toda propuesta de matrimonio. No toleraba los conflictos sentimentales; era reacia, incluso hostil, a cualquier intento de hacerle la corte.

Mientras seguía allí, de pie, recordó los años posteriores a la guerra, esa época de felicidad y armonía en la que Clive y ella —como gaviotas arrastradas por la tormenta— habían volado juntos y llegado a un puerto bañado por el sol. La etapa más feliz de su vida. Nunca había sido dada al drama o la autocompasión. Durante la niñez del hijo, renunció a comer caliente en su habitación alquilada de West Kensington, dirigió una sombreroería y escribió artículos sobre la campaña francesa para poder enviarlo a Winchester y a Oxford; el camino elegido nunca le había parecido pesado o largo, porque en la meta se encontraba el futuro de Clive. Pero cuando, una vez alcanzada la meta, la gran ola de la guerra rompió sobre el mundo, durante un momento asfixiante y descorazonador, se había visto a sí misma como una forma hundida, sumergida, de cuya boca se escapaban burbujas de aire. Recordó la confusión de aquella oscuridad tan espantosa, la sensación —mientras duró— de que contenía la respiración y buceaba, y luego el momento de su salida a la superficie, trágico —ya que le habían devuelto a Clive muy malherido, casi moribundo— y a la vez exultante, porque él volvía a estar en sus brazos y la muerte era una enemiga contra la que podrían luchar juntos. El lento regreso del hijo a la vida

y a ella le había hecho rememorar la dulzura trémula del embarazo, y cuando por fin él estuvo fuera de peligro fue como si hubiera vuelto a nacer. Todo lo bueno le llegó a la vez: la recuperación de Clive, la herencia de la tía Janet y el puesto en la agencia marítima de la City, donde tan difícil resultaba entrar; de repente, les parecía que vivían en la opulencia. Cierto era que ella nunca había pensado en una agencia marítima como premio a sus esfuerzos: había imaginado que Clive sería militar, como su padre, o abogado, como su abuelo, o el poeta que sus versos parecían prometer; pero cuando llegó la oferta de la agencia marítima, para ellos fue como un puerto de abrigo y, debido a esa repentina seguridad, ¿era de extrañar, acaso, que no hubiese sido capaz de apreciar el cambio surgido en Clive, el cambio que —ahora lo percibía claramente— lo había convertido en presa de Hester? Vio el rostro infantil del hijo frente a ella mientras intentaba definir en qué había consistido dicho cambio. En una ocasión, cuando era muy pequeño, sus amiguitos habían ido a merendar a casa y él se mostró terriblemente tímido y temeroso de ellos. El miedo de Clive nunca había sido un subterfugio o algo incómodo. El niño permaneció sentado, muy erguido, con su traje blanco, a la cabecera de la mesa, pálido y rubio; y aunque no fue capaz de adoptar una sonrisa, sí exhibió unos modales perfectos. Los únicos indicios de lo mucho que sufría fueron el agarrotamiento de su pequeño labio inferior y la forma en la que levantaba las cejas, una y otra vez, abriendo mucho los ojos al mismo tiempo. Hasta ahora, nunca había asociado tan lejano recuerdo con otro posterior: y es que Clive, cuando volvió a la vida, levantaba las cejas constantemente y abría mucho los ojos; si conseguía sonreír a menudo era por ella —ahora se daba cuenta—: disimulaba por lo mucho que la quería. Una madre puede dar la vida pero ni siquiera ella

es capaz de contagiar las ganas de vivir. La guerra lo había convertido en un pajarillo asustado y acurrucado bajo un seto, con el ala rota. Esa era la verdad. Eso debió ser lo que Hester adivinó en él: su indefensión. Indefensión y belleza. Incluso aquella joven prosaica se había dejado hechizar por la belleza del pajarillo, aquella joven común que había salido de caza y recorría los bosques en busca de una presa.

Pero no era justo. Ella sabía que eso no era justo. El odio nos vuelve injustos y malas personas. Permaneció un minuto más observando la oscura chimenea y luego cogió las cerillas, se agachó y prendió el fuego. Su instinto le pedía más luz, afrontar las cosas, confesar y verse a sí misma como era: tal vez no fuese más que una madre celosa, incapaz de soportar que otra mujer hiciera feliz a su hijo. ¿De verdad se reduciría a eso? ¿O habría reaccionado, desde el principio, con hostilidad hacia Hester debido a Celia?

«¿Cómo empezó todo?», quiso hacer memoria Monica mientras observaba el crepitar de las llamas.

—¿Quién es la nueva amiga de Clive? —había preguntado Margaret Orde—. Esa chica morena e inquietante que viste como un chico.

Así había empezado. La primera insinuación la rozó ligeramente, pero con aspereza, como cuando salimos de excursión al bosque y una zarza nos roza el rostro. Clive siempre lo compartía todo con ella, pero no le había dicho nada de una nueva amiga que fuera morena e inquietante. Desde el principio surgió la hosquedad, las conjeturas.

—¿Dónde los has visto? Tiene tantos amigos... y hoy en día todas las chicas se visten como chicos —había dicho ella.

A la buena de Margaret, que vivía en Chiswick con su anciano padre, le encantaban esas charlas intrascendentes y

enterarse de todos los detalles de la vida que Monica y Clive llevaban en Londres. Por eso insistió en el tema, muy interesada y con la mayor inocencia.

—Los chicos no se ondulan el cabello sobre las orejas, ni llevan medias de seda rosa. Ella tampoco. Llevaba el pelo cepillado hacia atrás y unas botas que parecían de montar, pero creo que eran de goma. Muy práctica, porque estaba lloviendo.

—¿Podría tratarse de Agatha Milford? Aunque no creo que Agatha fuese capaz de venir a Londres vestida como para salir a montar.

—No, no era la señorita Milford, la recuerdo perfectamente. La conocí aquí, tomando el té. Es encantadora. Esta joven tenía unos ojos muy grandes y parecía malhumorada; pero tal vez sólo fuese muy intelectual o artística. Los vi en esa exposición de cuadros extraños, la de Grafton Street. Clive no me vio, por eso no quise interrumpirlos.

Monica no hizo más preguntas pero ya entonces presintió que algo furtivo la amenazaba vagamente. Aquella tarde telefoneó a Celia, la invitó a cenar con ellos y le pidió que llevarse el violín. Desde la primera vez que habían tocado juntas, siendo Celia una niña, Clive se había convertido en su público y su papel de oyente lo unía de tal forma a ellas que, más que un dúo, parecían un trío. Pero aquella noche, al llegar, se le veía cansado y, durante la encantadora sonata breve de Schubert, ella tuvo la impresión de que el hijo no escuchaba, que no pensaba en ella, en Celia o en Schubert, sino en esa joven morena e inquietante. Después, a medida que pasaban los días y él no le hablaba de su nueva amistad, ella lo vio mayor, como un hombre adulto que ya no volvería a ser sólo su niño.

—¿No te gustaría que Celia pudiese acompañarnos a París en Pascua?

Le hizo esa pregunta unos quince días después, una noche que habían regresado juntos del teatro y bebían consomé caliente en la sala. Él se encontraba frente a ella, la taza en las manos, y cuando la miró, la madre pudo ver que su rostro amable y atento aparecía hastiado, casi demacrado.

—¿París? ¿Estábamos pensando en ir a París, mamá? —preguntó.

—¿No te gustaría pasar así la Pascua? No hemos ido desde antes de la guerra, tampoco Celia. Podríamos enseñárselo todo.

Ir a Francia había formado parte de las tradiciones familiares durante la juventud de Monica, quien se había ocupado de que Clive heredara la costumbre. En la época de West Kensington siempre estaba ahorrando aquí y apartando allá para que él disfrutase de sus vacaciones en Francia, viendo catedrales y siguiendo el curso de los grandes ríos franceses, ambos con la mochila a la espalda.

—Sería estupendo —dijo Clive—. Pero ¿y en verano? ¿No es un poco pronto Pascua para ir a París?

—A mí me parece un momento divino: los castaños de Indias empieza a brotar y hay violetas en las calles. ¿Habías pensado en hacer otra cosa?

Seguía mirándola. Levantó las cejas y abrió mucho los ojos; luego, dijo:

—Me han invitado a pasar Pascua en Cornualles... unos amigos nuevos. Pero si te hace mucha ilusión ir a París, puedo rechazar la invitación, mamá.

En su interior se desató una lucha violenta, aunque consiguió dominarla.

—No quiero que la rechaces. ¿Quiénes son esos nuevos amigos?

Ahora resultaba inevitable que ella preguntase. Él no podría sentirse presionado.

—Una pareja muy agradable —respondió Clive—. Él es el director de *The Protest*, ya sabes, ese semanario tan ingenioso, y ella es artista: hace pañuelos y cortinas de batik. Se apellidan Jessup y tienen tres niños pequeños y encantadores. Pero no sé si tú llegarías a apreciarlos, mamá. En Cornualles podré descubrirlo.

Ahora le sonreía abiertamente. Le estaba agradecido porque no le impedía ir a Cornualles.

—¿Sólo estarán ellos dos?

—Y otros amigos suyos, dos o tres más, que tienen casas de campo cerca. Es en los acantilados próximos a la península de Lizard. Dicen que aquello está precioso en primavera.

—¿También son artistas los otros amigos? —Se sentía como si se moviera sigilosa tras un tigre en plena selva.

—Sí, creo que son todos artistas —respondió Clive, acercándose a la chimenea—. Escriben o pintan o actúan, ya sabes. Todos muy ocupados y muy modernos.

—¿Qué forma adopta su modernidad?

—¿Qué forma adopta? Pues no sé qué decirte. Casi todo es conversar, creo. Son grandes conversadores, muy liberados.

Clive intentó sonreír mientras la miraba, pero su sonrisa ya no resultaba abierta. Su hijo era consciente de que tenía algo que ocultar y de que ella intentaba descubrirlo. A pesar de que en el interior de Monica brotó la amargura contra aquella joven morena y misteriosa que llevaba a Clive a ocultarle cosas, que de repente hacía que se tuvieran miedo el uno al otro, consiguió preguntar con ligereza:

—¿Es que aún queda alguien constreñido por las ataduras, hijo?

—¡Todos! —respondió Clive, y se rió—. La gente que se cambia para cenar y los que son presentados en la corte y los que leen el *Quarterly Review*...

Su mirada se desvió hacia el periódico que se encontraba sobre la mesa de su madre.

La amargura de ella encontró una válvula de escape.

—Yo nunca he pintado, es verdad, ni actuado, ni hecho pañuelos de batik, pero he escrito, he regentado una tienda de antigüedades y adornado sombreros. Me parece que he salido a la palestra tanto como cualquier mujer moderna, que en eso soy tan moderna como cualquiera de ellas; ¡a pesar de haber sido presentada en la corte en la Edad Media!

Clive se acercó a ella. Había logrado lo que buscaba: era alguien real y cercana a él, lo había atado a ella. Pero cuando el hijo la rodeó con sus brazos, la madre supo que el corazón le latía con fuerza por el secreto que le ocultaba tanto como por lo mucho que la quería y compadecía. Supo también —y eso le causó un dolor espantoso— que le había pedido gratitud al hijo. Le costó un enorme esfuerzo controlar el llanto cuando lo oyó decir:

—¡Mi querida mamá! Pero si ya lo sé. ¿Crees que necesitas recordármelo? ¿Crees que olvidaré alguna vez todo lo que has hecho por mí?

Habían permanecido abrazados —aunque aquel abrazo no logró borrar todo lo demás—, y él se había ido a Cornualles en Pascua. Al regresar, estaba comprometido con Hester Blackston.